

REFLEXIÓN

CICLO A

MISIONERA
Nº 108



Bienaventurados los pobres de espíritu...



**PONTIFICIA
UNIÓN MISIONAL**

31/10/ 1916 - 31/10/2026

110° Aniversario

Domingo 8 de febrero de 2026
V DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO
Is 58,7-10; Sal 111; 1Cor 2,1-5; Mt 5,13-16

COMENTARIO

La vocación-misión de la sal y de la luz.

El Evangelio de este domingo se continúa la proclamación de las bienaventuranzas con las que Jesús abre solemnemente su primer Discurso, el más importante, la Carta Magna, del Reino de los Cielos. Por eso subraya de inmediato la elevada vocación de los discípulos del Reino y, al mismo tiempo, su ardua misión en la vida. Y Jesús lo hace con un pintoresco estilo estilístico propio de los maestros-sabios de Israel, mediante dos exposiciones paralelas que utilizan otras tantas imágenes sugerentes de la sal y la luz. Por lo tanto, debemos detenernos en cada palabra de las frases anunciadas, para saborear y comprender más plenamente las palabras del divino Maestro.

1. «Vosotros sois». La vocación-identidad colectiva comunitaria de los discípulos de Cristo.

En primer lugar, no está de más aclarar que Jesús está hablando a sus discípulos, como vimos con las bienaventuranzas el domingo pasado.

Por eso, los que rodeaban a Jesús en aquel momento en el monte y, por sucesión, todos los discípulos de Jesús en todo tiempo y lugar, son los destinatarios de la doble afirmación del evangelio de hoy: «Vosotros sois la sal de la tierra», «Vosotros sois la luz del mundo». Y en estas palabras hay dos aspectos en los que profundizar.

El primero se refiere a la forma utilizada del verbo ser que, en presente y en modo afirmativo, indica simplemente un estado, una identidad natural. En otras palabras, los discípulos de Jesús son por naturaleza «sal de la tierra» y «luz del mundo» (metafóricamente, ¡obviamente!). Es la revelación sobre la identidad donada a los que creen en Jesús, el Mesías y Enviado Hijo de Dios «A cuantos lo recibieron, les dio poder de ser hijos de Dios, a los que creen en su nombre» (Jn 1,12). Los discípulos de Jesús se han convertido en los hijos de Dios por excelencia y como tales son «sal de la tierra» y «luz del mundo».

Por otra parte, esta doble afirmación de la identidad de los discípulos se revela una exhortación o incluso una advertencia implícita.

Los discípulos son llamados y se les recuerda que deben ser siempre lo que ya son en virtud de su adhesión a Cristo. De hecho, el matiz exhortativo-admonitorio de las frases parece ser, incluso el principal, ya que Jesús mencionará más tarde el trágico final de la sal que pierde su naturaleza, además de exhortar a los discípulos, en la conclusión del discurso, a que dejen brillar su luz ante los hombres: «Brille así vuestra luz...». La identidad de los discípulos de Cristo será también su misión.

El segundo aspecto se refiere al sujeto de las declaraciones, que es la segunda persona del plural, es decir, el pronombre “Vosotros”. Aparentemente, se subraya así la vocación-identidad colectiva comunitaria de los discípulos de Cristo. El acento se pone sobre todo en el testimonio de toda la comunidad de discípulos, de acuerdo con lo que Jesús resucitado ha dicho a sus fieles antes de la Ascensión: «Para que sean mis testigos» (cf. Hch 1,8).

La exhortación se refiere a todos y, por tanto, a cada uno de los discípulos. Ciertamente, recuerda la responsabilidad de cada creyente de estar a la altura de su “naturaleza cristiana”, porque mientras la santidad de uno puede ayudar a muchos, el escándalo de uno daña la reputación de todos (como dice también un proverbio vietnamita:

Một con sâu làm rầu nồi canh “Un gusano arruina [lit. ‘entristece’] toda la sopa [de verduras]”. Sin embargo, no se trata de una llamada dirigida a los individuos de forma individual, exhortándolos a convertirse en “campeones” superestrellas para iluminar el mundo y salvar la tierra aisladamente, cada uno con sus dones personales. Se trata de la vocación y la misión de toda la comunidad como tal. El punto es muy importante, pero aparentemente pasa desapercibido. Este carácter comunitario será, pues, fundamental para que los discípulos de Cristo lleven a cabo la misión de su Maestro y Señor allí donde se encuentren. Merece la pena releer la enseñanza del Papa Francisco a este respecto en el Mensaje de la Jornada Mundial de las Misiones del año 2022: La forma plural [«Para que sean mis testigos»] destaca el carácter comunitario-ecclesial de la llamada misionera de los discípulos. Todo bautizado está llamado a la misión en la Iglesia y bajo el mandato de Iglesia. La misión por tanto se realiza de manera conjunta, no individualmente, en comunión con la comunidad ecclesial y no por propia iniciativa. Y si hay alguno que en una situación muy particular lleva adelante la misión evangelizadora solo, él la realiza y deberá realizarla siempre en comunión con la Iglesia que lo ha enviado.

Por eso la presencia de una comunidad, incluso pequeña, para llevar adelante la misión tiene una importancia esencial.

2. «La sal de la tierra» y «la luz del mundo» - Una vocación-misión “mundial”, universal y transversal.

La identidad-misión cristiana, por tanto, es decir la de toda la comunidad cristiana, es revelada por Jesús con las dos imágenes paralelas y complementarias: «sal de la tierra» y «luz del mundo». Aunque cada una tiene su propio significado simbólico que exploraremos más adelante, ya se puede vislumbrar un denominador común de ambas: el valor “mundial”, universal y transversal de la vocación-misión de los cristianos. A este respecto, cedo la palabra a San Juan Crisóstomo con su famoso comentario lleno de ardor:

Vosotros sois la sal de la tierra. Es como si les dijera: “El mensaje que se os comunica no va destinado a vosotros solos, sino que habéis de transmitirlo a todo el mundo. Porque no os envío a dos ciudades, ni a diez, ni a veinte; ni tan siquiera os envío a toda una nación, como en otro tiempo a los profetas, sino a la tierra, al mar y a todo el mundo, y a un mundo por cierto muy mal dispuesto”.

¿Te das cuenta de cómo va enseñando gradualmente que éstos son superiores a los profetas? No dice, en efecto, que hayan de ser maestros de Palestina, sino

de todo el orbe. “No os extrañe, pues - viene a decirles -, si, dejando ahora de lado a los demás, os hablo a vosotros solos y os enfrento a tan grandes peligros. Considerad a cuántas y cuán grandes ciudades, pueblos, naciones os he de enviar en calidad de maestros. Por esto, no quiero que seáis vosotros solos prudentes, sino que hagáis también prudentes a los demás. Y muy grande ha de ser la prudencia de aquellos que son responsables de la salvación de los más, y muy grande ha de ser su virtud, para que puedan comunicarla a los otros. Si no es así, ni tan siquiera podréis bastaros a vosotros mismos.

A continuación, propone una comparación más elevada: Vosotros sois la luz del mundo. De nuevo se refiere al mundo, no a una sola nación ni a veinte ciudades, sino al orbe entero; luz que, como la sal de que ha hablado antes, hay que entenderla en sentido espiritual, luz más excelente que los rayos de este sol que nos ilumina. Habla primero de la sal, luego de la luz, para que entendamos el gran provecho que se sigue de una predicación austera, de unas enseñanzas tan exigentes.

Esta predicación, en efecto, es como si nos atara, impidiendo nuestra dispersión, y nos abre los ojos al enseñarnos el camino de la virtud.

No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte. Tampoco se enciende una lámpara para meterla debajo del celemín. Con estas palabras, insiste el Señor en la perfección de vida que han de llevar sus discípulos y en la vigilancia que han de tener sobre su propia conducta, ya que ella está a la vista de todos, y el palenque en que se desarrolla su combate es el mundo entero.

Remitiendo a nuestra sección Sugerencias útiles, más abajo, donde se encuentra el comentario completo del santo doctor de la Iglesia, deseo añadir sólo unas notas sobre las expresiones “sal de la tierra” y “luz del mundo”. Mientras que esta última implica la función de luz para el mundo, la expresión “sal de la tierra” parece indicar simplemente el origen de esta “sal” según la opinión popular en Israel en aquella época. (Tal sal también podría “perder” su sabor con el tiempo, como se menciona en el dicho de Jesús). Para la función de la sal, en cambio, es digna de mención la hermosa y profunda reflexión de San Juan Crisóstomo sobre el tema:

Vosotros sois la sal de la tierra. ¿Significa esto que ellos restablecieron lo que estaba podrido? En modo alguno. De nada sirve echar sal a lo que ya está podrido. Su labor no fue ésta; lo que ellos hicieron fue echar sal y conservar

así, lo que el Señor había antes renovado y liberado de la fetidez, encomendándolo después a ellos, porque liberar de la fetidez del pecado fue obra del poder de Cristo; pero el no recaer en aquella fetidez era obra de la diligencia y esfuerzo de sus discípulos.

Siguiendo con el razonamiento del Santo, podemos afirmar metafóricamente esta verdad: Cristo, que salva y purifica de la corrupción, es efectivamente la “sal especial” de la humanidad, mientras que los discípulos están llamados a ser sal para su conservación y, podemos añadir, para dar sabor a la vida humana, precisamente por el poder de la “sal especial” que es Cristo. Los discípulos son sal dentro de la sal, como serán para el mundo luz dentro de la luz, porque su luz viene de Dios que es Luz (cf. 1Jn 1,5) y de Jesús, “Luz de Luz”, como profesamos en el Credo de la Iglesia. En efecto, Jesús mismo es descrito al comienzo de sus actividades como una luz que brilla en Galilea de Israel y de los gentiles, que habitaban en tinieblas, como oímos hace unos domingos (cf. Mt 4,12-16; también Jn 1,5.9). A continuación afirmará de modo significativo: «Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no camina en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida» (Jn 8,12; cf. 9,5).

La última afirmación subraya, por una parte, la vocación de los discípulos a ser luz en el seguimiento de la Luz que es Jesús y, por otra, deja claro que el don de la luz, donado por Jesús al mundo, se refiere no sólo a la iluminación de la mente, sino también y sobre todo a toda la vida en Dios en su conjunto. Los discípulos están incluidos en esta cadena de transmisión: han recibido de Dios en Jesús la luz de la vida y ahora, están llamados a transmitirla a los demás, y esto con toda la naturalidad que da una vida auténtica y gozosa con y en Cristo a pesar de todo.

3. «Brille así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras»

A la luz de lo anterior, la exhortación final de Jesús apenas mencionada no pretende recomendar una especie de “alarde” de buenas obras por parte de los discípulos, sino que más bien subraya un aspecto fundamental de su vocación: mientras los discípulos sigan a Cristo y perseveren con Él y en Él, poseen la luz de la vida que brilla automáticamente ante los hombres (como se dice en otro antiguo dicho chino y vietnamita Hữu xạ tự nhiên hương ‘Quien posee el aroma, expande naturalmente la fragancia’). Llegan a ser como la verdadera ciudad santa de Dios que nunca puede permanecer oculta, porque esta «puesta en lo alto de un monte»; constituyen esa Jerusalén,

llamada por Dios a través de los profetas del AT a convertirse realmente en la luz de las naciones al final de los tiempos. Además, al igual que «no se enciende una lámpara para meterla debajo del celemín, sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de casa» (Mt 5,15), no serán los discípulos quienes tendrán que esforzarse por mostrar su luz a todos, sino Dios mismo. Él, que ha encendido en ellos la luz de la vida divina, los llevará a iluminar «a todos los de casa» como quiera, cuando quiera y mientras quiera.

Por último, hay que señalar que la referencia especial a las “buenas obras” de los discípulos como parte fundamental de su identidad-misión de luz no se refiere sólo a las buenas obras individuales, sino a toda la vida en Dios, enraizada en la primera buena obra exigida por Dios y necesaria para la salvación del hombre: la fe en Jesucristo Hijo de Dios (cf. Jn 6,29: «La obra de Dios es esta: que creáis en el que Él ha enviado»). Esta fe auténtica, entendida como adhesión y fidelidad a Dios y a Cristo, por naturaleza «actúa por el amor» (Ga 5,6), como enseña el Apóstol San Pablo y subraya Santiago (cf. St 2). Se podría leer, pues, entre líneas la insistencia del propio Cristo: que brille primero ante los hombres la luz de vuestra fe actuada por el amor, para que vean y

«den gloria a vuestro Padre que está en los cielos». Y brille sobre todo esa luz de amor mutuo entre los discípulos de Jesús, pues Él mismo ha exhortado «En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os amáis unos a otros» (Jn 13,35), y ha orado al Padre, «para que [los discípulos] sean completamente uno, de modo que el mundo sepa que tú me has enviado» (Jn 17,23). Y así sea.

P. Dinh Anh Nhue Nguyen, OFM Conv
Secretario General
Pontificia Unión Misional

